

LA VOZ DEL TÓRMES.

REVISTA SEMANAL CIENTÍFICO-LITERARIA.

DIRECTOR

D. FERNANDO ARAUJO GOMEZ.

REDACTORES

D. MATIAS PASTOR Y GARCIA.—D. TEODORO RODRIGUEZ DE LA TORRE.

COLABORADORES

Estevez de G. del Canto (D.ª Josefa).
Príncipe de Llácer (D.ª Clotilde Aurora).
Tartilán (D.ª Sofia).
Arés y Sanz (D. Mariano).
Castelar (D. Emilio).
Castro y Valdivia (D. Gonzalo de)
Doncel y Ordaz (D. Domingo).

García del Canto (D. Antonio).
García Martín (D. Lucas).
Gil Robles (D. Enrique).
Navarro Izquierdo (D. Luciano).
Segovia y Corrales (D. Alberto).
Villar y Macías (D. José).
Villar y Macías (D. Manuel).

PRECIO DE SUSCRICION.

Salamanca, un mes. 3 reales.
Fuera. 4
Tres meses. 10

Extranjero y Ultramar, seis meses. 40 reales.
Pago adelantado.
Redaccion y Administracion Patio de Escuelas, 4.
Toda la correspondencia se dirigirá á la Administracion.
No se devuelven los escritos.

SUMARIO.

El egoismo, por Fernando Araujo.—*Estudios físicos*, por el Dr. José Villar.—*¡Allah es justo!* por V. G. de Rivera.—*El amor, el placer y la gloria*, novela (continuacion) por Fernando Araujo.—*A mi perro*, poesía, por D. Antonio G. del Canto.—*A ti*, poesía, por Matías Pastor García.—*La muerte*, poesía, por D. Domingo Doncel.—*El tiempo*, poesía, por Teodoro R. de la Torre.—*La flor de mi esperanza*, poesía, por EL DESTERRADO DEL TÓRMES.—Epi-grama, por Teodoro R. de la Torre.—Variedades.

EL EGOISMO.

(Continuacion.)

Yo bien os lo decia, mis lectores; provechosa enseñanza os prometí con la visita y resolver con ella el problema planteado, y las dos cosas se han conseguido. La educacion mal dirigida engendra el egoismo: esta es la solucion del enigma. Dad buena educacion á vuestros hijos para que no sean egoistas: esta es la enseñanza prometida, este es el fruto de nuestra corta molestia.

El niño nace, y en su conciencia lleva escrito el bien que debe realizar; él lo sabe, él lo siente, pero sabe y siente tambien que es libre y que puede escoger entre ese bien que la conciencia le impone y el mal que se le hace presente por sus ojos, por sus oidos, por su imaginacion. Hé ahí lo que se debe evitar si se quiere hacer de él un hombre honrado, útil á su patria: que sus ojos no presencien el mal bajo ninguno de sus aspectos; que sus oidos no escuchen la mentira, la adulacion ni la obscenidad; que su imaginacion no se perverta con las enseñanzas de los sentidos externos, con lecturas perniciosas, con concesiones hechas á su debi-

lidad. Si con el fuerte es preciso ser fuerte, con el débil se debe por lo ménos aparentar fortaleza: solo asi comprenderá su debilidad y conocerá que, lejos de ser omnipotente, necesita á cada paso del auxilio de sus semejantes; de otro modo se acostumbrará á creerse necesario y superior á todos, y esa costumbre llegará poco á poco á erigirse en ley en el fondo de su corazon trastornando su felicidad.

El niño nace y es una especie de masa que se puede amoldar á todas las formas: désele á un gran artista, á un buen padre, y éste le hara digno, bello, inteligente, bueno; cójalo por su cuenta un mal artífice ó un mal padre (y llamo mal padre al que no sabe guiar hácia la consecucion del ideal al hijo) y saldrá de sus manos una obra grosera, llena de imperfecciones y de vacíos. Es preciso que se comprenda esto bien y por esa razon insisto: hay padres que no comprenden ó no quieren comprender que su cariño exagerado, sus pequeñas concesiones á la debilidad de sus hijos son de suma trascendencia en su vida ulterior; hay otros padres que no lo ignoran, pero que no por eso se enmiendan creyendo que si influye algo en el espíritu la primera educacion, esta influencia se aminora y desaparece por el contacto social, por la educacion del hombre por sí. Están en un error los que asi piensan: la mala costumbre adquirida tarde ó nunca se abandona, porque si bien es cierto que el mal no es de nuestra naturaleza, ésta, sin embargo, una vez influida por él, trastorna de tal modo las facultades y las ideas que casi siempre hace inclinar la balanza á su lado. «Los malos hábitos, enseña Confucio, se vencen más fácilmente hoy que mañana.» El niño se ha acostumbrado á mirar como ley su voluntad, á hacer imperar su capricho;

esto le halaga, y desgraciadamente el oído del hombre es muy dado á la lisonja, y harto trabajo se necesita para preservarle cuanto antes del error. La sociedad, por otra parte, lejos de influir provechosamente en el niño así educado, lo malea más: si le adula también, el mal seguirá en aumento; si le hiere con su desprecio é indiferencia, el niño verá en ello un móvil interesado, juzgará mal de la sociedad y la despreciará á su vez, y si es demasiado débil ocultará en el fondo de su alma sus sentimientos erigiendo un altar á la hipocresía hasta que llegue la hora de arrojar la máscara y vengarse de su enemiga; la calma preludia la tempestad, y la hipocresía es la calma del vicio.

No pido, sin embargo, que se muestre siempre á los hijos una faz adusta; no pido que se les castigue con rigor; no pido que el padre haga traición á su cariño ocultándolo siempre y siempre haciendo ver la cólera en el semblante. Por evitar un mal iríamos á caer en otro, y tan buena es Scila como Caribdis. Horacio nos aconsejará:

Est modus in rebus; sunt certi denique fines

Quos ultra citraque nequit consistere rectum.

Eso es lo único que reclamo: el justo medio. Apélese á la razón y hágase ver á cada momento al niño que él no sería nada sin los demás, que no debe pedir la supremacía porque todos somos iguales y mutuamente nos necesitamos, que su debilidad le denuncia, que sus pasiones le venden; y no se tema que el niño no lo comprenda porque el lenguaje de la verdad penetra en todas las conciencias; no se le consienta manifestación alguna de su egoísmo; no se le alabe jamás en su presencia, no se lisonjeen sus gustos, no se déa vuelos á su imaginación con concesiones, y sobre todo incúlque-sele la máxima de que lo que no quiera para él no lo quiera para otro. «A veces el destino, dice Lévis, castiga á dos egoístas ligándolos entre sí.» Esta es una verdad: el egoísta odia al que lo es, y solo la máxima del Evangelio le hará ver que él no es ménos despreciable. Por lo demás, maniéstesele todo el cariño compatible con estos mandatos, que así se irá formando su corazón en el amor del bien, y más adelante colmará de bendiciones á los que tan bien han comprendido su misión en su destino.

IV.

Una vez determinado el egoísmo, visto qué es, examinado su origen y sus relaciones, formado en una palabra el torpe cuadro de ese vicio, toca ahora preguntar: ¿debemos esperar que en la serie de los tiempos desaparezca el egoísmo del seno de la sociedad? ¿Es posible que la humanidad destruya para siempre las siete cabezas de esa hidra abominable y se purifique? En esta cuestión se halla implícita la del progreso; una vez resuelta ésta la dificultad se deshace como por encanto,

el nudo Gordiano se corta, el problema se resuelve fácilmente.

¿Es, pues, el progreso ley de la humanidad? Creemos sinceramente que sí, pero quizá nuestra creencia no pase de tal; veamos si la razón y la experiencia la confirman y entonces cantaremos victoria con todas las fuerzas de nuestra alma.

No hay ni puede haber cuestión sobre la perfectibilidad humana: ¿qué sirve que alguna escuela exclusivista y egoísta, por lo tanto, apele á sutilezas de colegial para demostrarnos lo contrario? La razón pierde el tiempo al combatir la elocuencia de los hechos; cuando estos hablan, aquella debecallar. ¡Cuántos bienes reportaría la sociedad si comprendiese en toda su trascendencia este principio!

¡Pues qué! ¿el hombre de la época cuaternaria no añadió ni un golpe de percutor en el pedernal del hombre terciario? ¿La edad del hierro no fué superior á la del bronce, ni ésta á la de piedra? ¡Pues qué! ¿el hombre primitivo al luchar con el *ursus spelæus* no economizó ni un átomo de tiempo para que pensara su sucesor y añadiera á las líneas groseras de su hacha una línea más elegante, ni éste lo economizó tampoco para que sus hijos pudieran ocuparse en esculpir la figura del reno en uno de sus mogotes, ni sus hijos lo economizaron para que, llegado un día, el hombre pudiera entregarse libremente á su pensamiento y surcara los campos de caminos, inventara las industrias y cultivara las artes, para que más tarde se emancipara por completo dejando á la poderosa máquina hacer su trabajo físico, reservándose él su dirección; para que se vistiera con las alas del vapor y recorriese el globo sin perder tiempo; para que comunicara con sus hermanos del otro continente por medio de la electricidad? ¡Pues qué! ¿el hombre de los modernos tiempos no acusa un notable progreso sobre el de los antiguos? El estado artístico é intelectual de nuestra época ¿no lleva ninguna ventaja sobre el de los gremios de la Edad Media, el de los gremios sobre el del esclavo, ó bien el estado industrial sobre el agrícola, el agrícola sobre el pastor, éste sobre el cazador, y el cazador sobre el salvaje? Podría acumular los hechos, pero están en la memoria de todos y prescindo de ellos: solo un mezquino espíritu de partido puede salvar los obstáculos que le oponen para negar la perfectibilidad, pero en vano gastan su pluma y su imaginación: los hechos están en la conciencia de todos, y la humanidad entera reconoce y canta el progreso que por otra parte es una creencia consoladora.

(Se concluirá.)

ESTUDIOS FÍSICOS.

Los grandes descubrimientos hechos en las ciencias físicas tienen un carácter tan admirable, que converti-

dos en hechos prácticos, han sido un manantial fecundo de preciosas aplicaciones. No se crea, sin embargo, que entre un dato teórico y su aplicación no media frecuentemente intervalo alguno de tiempo, ni que los sábios que resuelven teóricamente el problema son siempre los que mejores condiciones reúnen para traducirlo en realidad práctica; como prueba de esta verdad podemos citar, entre otros muchos casos, la dificultad insuperable que el distinguido químico Chevreul, asociado á Gay-Lussac, encontró al querer saponificar el sebo con la sosa, y sin embargo la ciencia debe á este célebre químico los más brillantes trabajos relativos á la naturaleza y constitucion de los cuerpos grasos, estando reservado á Mr. Mylly, cuyo nivel científico era mucho más inferior que el suyo, la creacion de la industria esteárica de tan bellas aplicaciones.

El estudio de las ciencias físicas eleva la inteligencia al más alto grado de cultura, porque no solo desarrolla eficazmente el bienestar material de la sociedad, sino que estudiando la naturaleza aprendemos la historia de la omnipotencia é infinita sabiduría del Hacedor Supremo, y conocidas las maravillas de la creacion, nuestra alma se dirige á regiones más puras; por esta razon aseguraba el esclarecido Newton, como decíamos en una solemnidad académica (1), que cuanto más profundo es el naturalista, con tanta mayor intensidad siente las verdades de la religion, y por eso el elocuente Virey proclama en alta voz que la naturaleza es un templo sagrado donde la Divinidad se pone á descubierto.

Examinemos alguna de las aplicaciones de estas ciencias y bien pronto nos convenceremos de la imperiosa necesidad de su estudio.

El aire atmosférico, que por espacio de muchos siglos se habia creído era un elemento, dejó de considerarse como cuerpo simple á fines del siglo anterior, luego que los célebres químicos Lavoisier y Schéele pusieron en evidencia su constitucion; desde aquella memorable época se han resuelto trascendentales problemas, íntimamente enlazados con la salubridad de los pueblos. La generacion actual, repetiremos con el ilustre Liebig, toma los alimentos necesarios al desarrollo de su inteligencia en los productos intelectuales de las generaciones anteriores y nuestros niños se impregnan fácilmente en las escuelas de verdades, cuya conquista ha costado inmensos trabajos é indecibles esfuerzos y tienen ideas más exactas de la naturaleza y de sus fenómenos que las que tenia Platon, pudiendo abrogarse el derecho de reirse de los errores de Plinio.

Del estudio de los gases que esencial y accidentalmente constituyen el aire atmosférico ha surgido la resolucion de una multitud de cuestiones, que eutrañan grandísima importancia, siendo, entre otras muchas, la de que nos vamos á ocupar, siquiera sea ligeramente.

La purificacion del aire viciado por la respiracion ó por gases procedentes de la combustion ó de vapores ó sustancias de origen animal se realiza en el dia con gran precision, porque sobre todos los hechos con ella relacionados han derramado la física y la química abundante luz.

Sabido es que si permanecen algun tiempo gran número de personas en una habitacion de pocas dimensiones y sin ventilacion, todos los séres allí albergados experimentan un malestar general, que desaparece con solo renovar el aire.

Las principales causas que producen este malestar y alteracion del aire son la modificacion de su temperatura, de su composicion química y la variacion en las cantidades de vapor acuoso que contiene.

El hombre al respirar toma oxígeno del aire y exhala ácido carbónico, elevándose por término medio la cantidad exhalada por un adulto, cada veinticuatro horas, á quinientos litros, y por su respiracion y transpiracion cutánea desprende mil trescientos gramos de agua en estado de vapor en igual espacio de tiempo y emite además una parte del calor producido en el organismo animal.

Los séres humanos emanan tambien sustancias de origen animal que comunican al aire un olor particular desagradable, aunque procedan de individuos sanos, y con tanta más razon acontece esto en las enfermerías de los establecimientos de Beneficencia, en donde constantemente se percibe un olor desagradable, que se llama vulgarmente *olor de Hospital*.

El desprendimiento de este olor acusa una alteracion profunda en el aire, alteracion que se deja sentir de una manera lamentable, aumentando la gravedad de las dolencias, dificultando el éxito de las operaciones quirúrgicas practicadas, por indisputable que sea el mérito de los operadores, y haciendo, por último, largas y penosas las convalecencias.

Vemos, pues, lo imprescindible que es el que las habitaciones donde hayan de albergarse gran número de personas como Hospicios, Hospitales, Cuarteles, Establecimientos de enseñanza, Talleres y otros de índole análoga reúnan las condiciones de salubridad aconsejadas por la ciencia, siendo en extremo lamentables, y nunca bastante llorados, los descuidos que se tengan en este interesante ramo de la Higiene.

Recuerdo con este motivo que á fines del año 1855 se desarrolló en la Casa-Hospicio de esta ciudad una epidemia de índole desconocida, pero cuya gravedad alarmó á la Junta provincial de Beneficencia; el señor Gobernador de la provincia, como Presidente de ella, nos convocó á junta á los Catedráticos de Medicina y Ciencias, y despues de una prolongada discusion tuve la inmerecida honra de que se adoptase el plan que yo propuse, que consistió en mantener constantemente el equilibrio en la composicion normal del aire, de

(1) Discurso inaugural de esta Universidad.—Año de 1850.

manera que no hubiera nunca falta de oxígeno, ni exceso de ácido carbónico. Para conseguir lo primero me serví de aparatos productores de oxígeno, y para fijar el ácido carbónico, exhalado por la respiración, hice uso de la lechada de cal. Los resultados obtenidos correspondieron por completo á las esperanzas concebidas.

Otros casos podríamos citar donde aparecen más de relieve los gravísimos peligros que se siguen de respirar aire viciado ó en menor cantidad que la necesaria, pero solo referiré los dos siguientes, de cuya autenticidad no puede dudarse:

El primero nos lo suministra un triste episodio de la guerra de los ingleses en la India, á últimos del siglo anterior. En uno de los encuentros victoriosos de los indios contra el ejército invasor fueron hechos prisioneros por los indígenas ciento cuarenta y seis hombres, que fueron encerrados, dice el historiador, en una sala pequeña de veinte piés cuadrados, sin más ventilación que dos ventanas, que comunicaban con un corredor. Bien pronto estos desgraciados se sintieron sofocados y con una respiración anhelosa; el calor desenvuelto era extraordinario; experimentaron una sed intensa, una dolorosa opresión en la garganta y en las sienes, y ansiosos de aire que respirar, se avalanzaron presurosos á las ventanas y se asieron fuertemente de sus hierros, de cuyo puesto de salud fueron arrojados violentamente por sus compañeros de desesperación, y una lucha horrible se empeñó entre ellos. Al día siguiente, ocho horas después de haber sido encerrados, al abrir la puerta del calabozo, solo vivían veintitres, encontrándose los cadáveres de los ciento veintitres restantes hacinados en el suelo!

Un hecho análogo tuvo lugar en Francia durante las guerras del primer Imperio. Después de la batalla de Austerlitz, trescientos prisioneros austriacos eran conducidos á Francia. En una noche de las del tránsito se les encerró en una cueva de reducidas dimensiones; y, ¡causa horror decirlo! doscientos sesenta de estos infelices perecieron asfixiados, y los cuarenta restantes quedaron tan débiles, que por muchos días no pudieron continuar la marcha.

En vista de estos hechos, que tan alto hablan á nuestra razón, insistamos una y otra vez sobre los males que pueden seguirnos de no poner en práctica los sábios consejos de la ciencia, porque si bien es cierto que en muchos casos no sobreviene la muerte inmediata de su inobservancia, no lo es menos que todas las funciones del organismo se debilitan y se originan las enfermedades, que son su consecuencia.

JOSÉ VILLAR Y MACÍAS.

A continuación insertamos un trabajo de nuestro malogrado amigo (q. e. p. d.) Vicente G. de Rivera, que esperamos ha de agradar á nuestros lectores:

«ALLAH ES JUSTO!»

Leila era una azucena columpiándose al soplo de la brisa.

El primer rayo del sol naciente, dió luz á su mirada.

El invierno con la lobreguez de sus noches, tiñó sus ojos y puso en su frente la blancura de la nieve que corona las montañas.

La primavera se despojó del sonrosado de sus alboradas, para adornar con él las mejillas de Leila.

Y las flores la dieron rojo color para sus labios, y delicado perfume para su aliento.

Las buenas hadas presidieron su venida al mundo y la cobijaron con sus mantos de luz y oro;

Y pusieron en su corazón todas las virtudes del Eden y en su rostro todas las gracias de las huries.

Y quince veces los árboles mudaron sus vestidos y la niña aumentaba en hermosura.

Y creció y llegó á la edad de las pasiones;

Y su corazón, hasta entonces dormido, despertó;

Porque un hombre había fijado en ella su mirada; y aquella mirada la dijo:

Huri del profeta, tú no eres de este mundo: llévame contigo al paraíso. Yo te amo. Eres mi alma;

Y la niña amó á aquel hombre;

Y luego que le habló enloqueció de amores;

Porque él había robado á la abeja su miel, y sus palabras eran dulces y llenas de encanto.

Y pasaron muchos días.

Y la niña le amaba cada vez más;

Y una tarde él la pidió prueba de amor, y Leila se la dió;

Porque no sabía negarle nada.

Y al sentir sobre los suyos abrasados, los frescos labios de la niña, el hombre sintió correr por sus venas un río de fuego,

Y el ángel de las tinieblas debió sonreírse al murmurio de aquel beso.

Y pasaron más días.

Y una noche, Leila se encontró en los brazos de su amante, y ocultó el rostro y lloró;

Y los ángeles lloraron y desplegando las alas abandonaron á la niña;

Porque ella había sucumbido á las exigencias de aquel hombre!....

Y pasó más tiempo!

Y un día la hermosa niña le anunció, rojo el divino semblante, que era madre.

Y él se estremeció y la abandonó;

Porque al deseo había reemplazado en su alma el hastio;

Y las rosas que adornaban las mejillas de Leila se empezaron á marchitar;

Y su frente, antes blanca como la nieve, se puso amarillenta,

Y sus ojos se entornaron y enrojecieron por las lagrimas.

Y pasaron más dias.

Y ella siempre lloraba porque el amado de su alma no volvía.

Y una tarde, al ocultarse el sol, Allah puso término á sus males llamándola á sí,

Y la última palabra que pronunció fué el nombre de su amado.

Y con su postrer aliento le envió su última sonrisa.

Y pasaron más dias.

Y él supo que la que tanto le habia adorado no habitaba ya en este mundo, y lloró;

Porque se habia arrepentido.

Y pidió perdon á Allah,

Y Allah devolvió á su corazon la calma,

Porque Allah es misericordioso!

Y pasaron más dias; muchos dias!

Y el hombre vió una hermosa, y sintió tristeza y alegría al mismo tiempo.

Y conoció que la amaba y sufrió;

Porque temia que ella desoyera sus amores;

Y una tarde la habló y supo que ella tambien le amaba.

Y fué dichoso y olvidó á Leila.

¡A Leila que habia muerto de amor por él!

Y un dia Allah le castigó arrebatándole la mujer que era su vida;

Y él recordó que habia robado una hija á su padre y lloró;

Lloró porque vió sobre sí la justicia de Allah que castiga todos los crímenes;

Y desde entonces su existencia es triste;

Porque su conciencia le llama asesino y sus ojos le presentan la imagen de Leila espirante

Y en vano quiere olvidarla; su recuerdo le sigue como la sombra al cuerpo.

Y él ha pedido perdon á Allah; y Allah ha ordenado que sufra en expiacion de sus delitos.

Porque él mató á Leila, y luego la olvidó, ofendiendo á Allah;

Y Allah le castiga;

¡Porque Allah es justo!

V. G. DE RIVERA.

EL AMOR, EL PLACER Y LA GLORIA.

NOVELA ORIGINAL

DE

FERNANDO ARAUJO GOMEZ.

(Continuacion.)

CAPÍTULO II.

Tres cartas.

Era Julio un jóven de unos 25 años; ojos castaños, vivaces, diminutos, llenos de malicia; frente surcada por una arruga prematura que le daba cierta expresion de energia; nariz afilada, mejillas ligeramente coloreadas, color moreno, labios finos, delgados, poblado el superior con un negrisimo y sedoso bigote, cuerpo delgado y bien vestido. Respiraba todo él cierto aire de audacia y de atolondramiento que bien se explicaba por su vida de calavera. Heredero de una rica familia de Madrid, de origen francés, habia venido á licenciarse á Salamanca, donde habia trabado amistad con sus dos compañeros de café; ya sabemos su vida, pues indiscretamente hemos oido explicársela en el Suizo.

Cuando llegó á su casa encontró sobre la mesa una carta; su madre le decia que volara cuanto antes á Madrid si aún queria ver á su padre moribundo.

Julio se conmovió profundamente; sus hábitos no habian secado aún su corazon. Hizo el equipaje y salió á despedirse de sus compañeros.

Luis tenia 24 años; todo él despedia cierto aire de superioridad y distincion que le hacia altamente simpático á los que le trataban; su carrera habia sido una série de triunfos universitarios; á pesar de su juventud no dejaba de tener conocimientos profundos en multitud de materias, sobre todo la geografia, la lingüística y la historia. Huérfano de padre y madre, pero rico en ciencia y en dinero, habia adquirido una reputacion merecida que le autorizaba suficientemente para soñar con fundamento en su futura gloria.

Cuando Julio entró en su habitacion le encontró con una carta en la mano; su rostro estaba sumamente animado; toda su expresion retrataba la alegría.

—¡Adios Julio! ¿cómo tan pronto por aquí?

—Me marcho hoy—contestó con triste acento Julio.

—¿Qué ocurre? Parece que estás disgustado.

—Mi padre se halla al borde del sepulcro; si quiero hallarle vivo necesito partir hoy, y aún así... ¡quién sabe!

—¡A fé que es triste noticia Julio!—replicó Luis,—créeme sinceramente que lo siento, pues siempre te he querido como verdadero amigo.

—Pero á lo que observo—interrumpió Julio echan

do una ojeada por la habitacion de su amigo, en la que reinaba el desórden, —á tí tambien te ocurre algo.

—Tambien salgo hoy para Madrid; lee esa carta, dijo, entregándole la que tenia en la mano.

—Se empiezan á realizar tus deseos, —dijo Julio despues de haberla leído; —te felicito de todas veras y tu felicidad distrae algo mi dolor.

—Gracias Julio; no soy egoista, y el que vea comenzada la realizacion de mis sueños no impide que sufra contigo.

—¿Oyes Rogelio?—exclamó Julio escuchando atentamente.

—Si; sube á alguien.

—¿Quién será?

—No espero nadie á estas horas.

—¡Salud compañeros! ¿queréis algo para Alba?—dijo entrando alegremente Rogelio.

—¡Tú tambien!

—¿Acaso vosotros?...

—Nos vamos esta tarde á Madrid.

—¿Cómo no me dijisteis nada en el café?

—Porque ni aún sospechábamos partir hoy.

—¿Qué os ha pasado?

Los dos amigos contaron á Rogelio las causas triste una y fausta otra de su repentina marcha, y despues de haber felicitado á Luis y consolado á Julio manifestando sus sentimientos, dijo Rogelio:

—Pues, amigos míos, yo tampoco pensaba partir tan pronto; cuando llegué á casa me entregaron una carta de la mujer de mis sueños; me dice que parta, que su familia consiente, vista su tenacidad, en nuestro enlace, que necesita verme, que me adora, ¿qué hago entonces aquí? Parto dichoso á punto de realizar mi ilusion más querida, mi sueño dorado.

—¡Es chocante!—murmuraron los otros dos.

—¡Tres cartas!

—¡Tres viajes!

—¡Al mismo tiempo!

—¡Es chocante!—exclamaron en coro.

—¿Continúas pensando como en el café, Julio?

—Lo ignoro; el golpe que me amenaza quizá me haga virar en redondo. Mi madre quedará sola... ¡viajaré con ella para distraer nuestro dolor y me enmendaré!

—Ya suponía yo—dijo Luis—que variarías de conducta; en medio de todo tienes un buen corazon; tus extravíos son propios de la edad y del carácter; me alegraré que persistas en tan buenos propósitos. Yo, amigos míos, ignoro cuál será mi destino; voy á terminar mi educacion viajando dos ó tres años; despues... ¡trabajaré, y si el cielo corona mis esfuerzos seré feliz!

—Y yo—dijo Rogelio—á despecho de vuestras inculpaciones á la mujer, gratuitas é infundadas, adquiriré una posicion decorosa, y entregado en cuerpo y alma al ángel de mi ternura

Huyendo siempre el mundanal ruido
viviré en la oscuridad de mi casa
Ni envidiado ni envidioso
disfrutando de las delicias del amor en medio de un
Edem perpétuo de cariño.

—¿Sabes que este poeta—exclamó Julio—seria capaz de convertirme al matrimonio? ¡Quién pudiera amar como él creyendo ser amado! Pero ¡ay! todo eso es mentiral la fé hayó hace mucho tiempo de mí alma!

—¿Nos escribiremos?—replicó Rogelio.

—No prodrá ser desgraciadamente siempre,—contestó Luis,—pues no en todo el mundo se halla organizado el servicio de correos; pero mientras sea posible sí.

—Algún dia nos volveremos á reunir.

—Así lo espero.

Haremos tres historias,—exclamó Rogelio;—la mia será la ménos entretenida, pero tambien la contaré.

—El tiempo apremia,—dijo Julio,—dadme un abrazo.

—¡Con el mayor placer!

—¡Adios! sed felices!

—¡Sélo tú tambien, y que el cielo no te arrebaté á tu padre!

—¡Adios!

—¡Adios!

—¡Adios!

(Se continuará.)

POESÍAS.

A MI PERRO.

Dios al hombre dotó de inteligencia
Y razon y pasiones y albedrío,
Y á tí, solo el instinto, perro mio,
Dicen te concedió la Omnipotencia.

Desconoces la ley, artes y ciencia;
Pero al ver tus acciones, desconfío

Si el hombre te ha juzgado sin conciencia
E impulsado por ciego desvarío.

Me amas con tierno amor apasionado
Y no hay hombre leal cual tú lo has sido.

Si estoy triste, me miras dolorido;

Si alegre, corres, saltas á mi lado.

Veo amor y conciencia en tu mirada,

Miro al hombre, y en muchos no hallo nada.

ANTONIO G. DEL CANTO.

A TÍ.

Si acentos melodiosos
llegan á tus oídos,

son, niña, los latidos
de amante corazón.
¿Qué valen los cantares
que brotan de una lira
si amor no los inspira
y forma su ilusión?

Por él el cielo hermoso
se viste con estrellas,
por él vivas y bellas
tienen su rosicler.

Por él fulgura el cielo
radiante de alegría,
por él es la armonía
del mundo y su poder.

Por él la flor titila,
por él el áura pura
modula la ventura
del mundo en su rodar.

Por él canta *Romeo*,
por él vive *Julietta*,
por él nace el poeta,
por él sabe cantar.

Si alguna vez el hombre
de amor llora cautivo
su pena es lenitivo
que alivia su vivir.

Que son las penas dulces
si el alma considera
que tras la pena artera
brilla su porvenir.

Por eso, niña mía,
la lira de tu amante
será siempre constante
y á tí ella alabará.

Que penas y gemidos,
dolores y tristuras,
serán dulces venturas
que siempre cantará.

MATIAS PASTOR.

LA MUERTE.

Ipsa jubet mortis te meminisse Deus.
(Martial, lib. II. Epigr. LIX.)

Farsa y mentira y humo y podredumbre
Tórnanse al fin los sueños de la mente,
Si al *Fiat* del decreto omnipotente
Fulgura el rayo en la celeste cumbre.

Entonce al brillo de su excelsa lumbre
No hay potestad que eternizarse intente,
Y en pobre choza y trono prepotente
La parca impone fiera servidumbre.

Por eso en esta vida transitoria
Nacer, brillar y sucumbir debemos,

Dejando al mundo vil como memoria,
Por los míseros bienes que perdemos,
Tres huellas del camino que corremos:
Oprobio eterno, indiferencia ó gloria.

DOMINGO DONCEL Y ORDAZ.

EL TIEMPO.

Te amé... me amaste... tu pecho
y el mio latieron juntos...
¡Oh!... ¿te acuerdas de aquel día?
¡Aquel día fué un segundo!

Me ves morir... y te ríes,
tus lábios hoy me lo han dicho;
me odias... ¡oh!... maldito sea!
¡Este segundo es un siglo!

14 Diciembre 1876.

T. RODRIGUEZ DE LA TORRE.

¡LA FLOR DE MI ESPERANZA!

Como la luz temprana del claro y bello día
Que entre celajes densos espléndida se lanza
Doquiera disipando veloz la noche umbría...
¡Así nació anhelosa, radiante de alegría

La flor de mi esperanza!

Como la luz escasa que marcha al Occidente
Llevando á otro hemisferio placer y bienandanza,
Dejando entre tinieblas al escondido Oriente...
¡Así murió marchita, exánime y doliente

La flor de mi esperanza!

EL DESTERRADO DEL TÓRMES.

EPIGRAMA.

Por oír una cuarteta
se muere la bella Rosa,
y es la niña tan discreta
que en hallando algún poeta
da pié para cualquier cosa.

T. RODRIGUEZ DE LA TORRE.

VARIEDADES

PENSAMIENTOS.

Veinte años son un vergel; cuarenta son un otoño;
sesenta son el mes de Enero.



Un suspiro es la dilatacion de la pena en lo infinito.

La primera cana no nace en la cabeza, nace en el corazon.

Los padres son la Providencia del hombre en la tierra; el mayor crimen es no adorarlos.

La existencia del hombre es un batel ligero que navega en el mar de la vida con vela de dolor; la estela que deja es la historia; su faro la Providencia; su puerto el cielo.

Las coquetas siempre encuentran su castigo en el destino.

Donde nace la envidia, allí mueren todos los sentimientos nobles.

El sábio y el malvado buscan la soledad; el primero para engrandecer su espíritu; el segundo para proyectar sus crímenes.

Tras la tormenta de las pasiones viene la calma de las ideas.

MATIAS PASTOR.

El Sr. Director del Observatorio real de Módena, Sr. Ragona, ha encontrado una relacion singular entre la presion atmosférica y la temperatura.

Construyendo la curva que representa la marcha anual de la presion atmosférica ha observado consta de tres máximos y tres mínimos, ley que sigue sensiblemente la variacion media de la temperatura. Recíprocamente: la ley que sigue la marcha anual de la temperatura viene representada por una curva con un solo máximo y un solo mínimo, que se corresponde próximamente con la que representa la variacion media de la presion atmosférica.

Los cálculos del Sr. Ragona solamente se refieren á Italia; seria de desear que se extendieran á los demás puntos que poseen estaciones meteorológicas, llegando por este medio al conocimiento de la mayor ó menor generalidad de dicha ley.

L. N.

Nos han devuelto la visita *El Semanario*, de esta capital; *La Familia*, ilustrada revista que ve la luz pública en Madrid; *La Revista Compostelana*, de Santiago; *La Ilustracion Española y Americana*, y *La Moda Elegante*. Al citar estas dos últimas publicaciones, sobre todo, no podemos ménos de recomendarlas

á nuestros suscritores, que coadyuvarán así á la propaganda de lo bello y de lo útil.

Diríjense para ello á D. Eugenio Calon, calle de Zamora, 5, Salamanca, exclusivo encargado por la empresa para la suscripcion en esta localidad.

Damos las gracias al *Norte de Castilla* por los inmerecidos elogios que nos tributa.

SOLUCION A LA FUGA DE VOCALES.

Del dolor todo el rigor
muere con la muerte fuerte;
luego la muerte es mejor,
porque el dolor de la muerte
es la muerte del dolor.

FRANCISCO DE LA TORRE.

RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS ANTERIORES.

- 1.^a Que esté viva. 2.^a La del cuchillo. 3.^a Sombra.
4.^a En la muñeca.

LOGOGRIFO.

Siete letras tiene el todo,
y hay en su combinacion
un Emperador romano,
otro persa, que son dos,
una prenda de vestir,
un mueble de labrador,
una cosa que es muy dura,
y otra con que jugué yo.
Y ello es cosa que á los hombres
brinda gusto y distraccion.

GEROGLIFICO.

El alma mia
mi ilusión
mi

sino tan tan o lodo LOR.

Se regala un mes de suscripcion á los suscritores que lo resuelvan.

SALAMANCA:

Imprenta de Cerezo, Isla de la Rua, núm. 4.
1876.

